



LEER **ES**  
**RESISTIR**  
MARIO  
MENDOZA

Mario Mendoza

# Leer es resistir

**Primera Parte**

**BORDES**

## 1. La vergonzosa fuga de Cordelia

A finales de los años setenta yo era un adolescente problemático, difícil, solitario. Sentía que no encajaba en ninguna parte y que ese mundo de los adultos que me estaba esperando en el horizonte no me podía ofrecer nada que realmente me interesara. Hacía mucho deporte, vagabundeaba por ahí en mi bicicleta, fantaseaba con viajes a parajes distantes que no tuvieran nada que ver con mi barrio, con el colegio y las rutinas escolares.

Cuando estaba en grado décimo entró al colegio Refous una profesora de literatura que venía del Teatro Libre de Bogotá: Carlota Llano. Tenía una voz potente, gutural, como si hubiera fumado toda la vida. Cierta ronquera la hacía parecer más vieja cuando en realidad era una muchacha muy joven que se estaba estrenando como profesora con nosotros. Hablaba con la fuerza que los actores les imprimen a sus parlamentos para que los escuche el público de las últimas filas. No solo leímos con ella a lo largo de todo ese año escolar, sino que al final ella propuso que sacáramos una revista literaria, una especie de pasquín con algunos de nuestros textos. No tengo copia de esa publicación, pero recuerdo que trabajé con ahínco en el relato de un soldado que se queda atrapado en una pesadilla en la mitad de un campo de batalla. Un tipo que no puede escapar de un sueño aterrador que lo deja siempre en la mitad de la nada, en una noche de luna llena, desamparado y al borde de la muerte. Me sentí muy orgu-

lloso de que Carlota hubiera elegido mi pequeño cuento para la publicación anual.

Debo aclarar que en ese entonces yo era un buen estudiante, muy aplicado, pero no pertenecía a la élite literaria del colegio. Recuerdo a compañeros y compañeras mucho más talentosos que yo: Martín Acosta, por ejemplo, Nancy de La Torre o el incomparable Ramón Cote, que era hijo nada más y nada menos que del gran poeta de la generación de Mito, Eduardo Cote Lamus. Un año menor que nosotros, despuntaba también otro joven que brillaba con luz propia: Santiago Gamboa. No sé si hay un caso similar de tres escritores colombianos que se hayan formado juntos desde niños en el mismo colegio.

Yo era un muchacho que escribía a escondidas, en mis ratos de ocio, y que no me interesaba en absoluto dar la imagen de un intelectual. En realidad, pasaba los días entregado al deporte, trotaba, jugaba fútbol, baloncesto y recorría la ciudad trepado en mi bicicleta de carreras. Por eso no hacía parte del grupo de los talentosos de verdad, de los que habían sido bendecidos con una predisposición auténtica hacia los libros y las humanidades. Yo era más bien un renegado, un fantasioso al que lo atraía la aventura, un joven que se aburría poderosamente con la vida sosa y sin relieve de la clase media.

Un fin de semana mi padre me sorprendió con una invitación inusual: ir a ver una obra de teatro en el barrio La Candelaria. Tenía boletas para ver *El rey Lear*, de Shakespeare, en la versión del Teatro Libre de Bogotá.

—¿Tu profesora no actúa ahí? —me preguntó con seriedad.

—Sí, claro, pero no le he preguntado qué papel hace —dije yo con cierta vergüenza por mi negligencia.

—Cuando veamos el programa lo sabremos —dijo mi viejo entregándome las boletas con una sonrisa.

Me causó un gran impacto llegar de noche al barrio colonial: las luces amarillas, las tejas de barro, las calles empedradas. Era como estar metido en una película. A la entrada del teatro estuve muy atento buscando a Carlota con cierta ansiedad para saludarla y presentarle a mi papá, pero seguramente ella ya estaba en los camerinos preparándose para salir al escenario. Entramos a la sala y nos entregaron el programa. Entonces mi padre, señalando su nombre en el reparto, me dijo:

—Mira, es Cordelia.

Y enseguida me di cuenta del error tan grave que había cometido: no me había leído la obra, no tenía ni idea quién era Cordelia. ¡Qué bruto! Fingí despreocupación y dije con hipocresía y cierta socarronería que intentaba ocultar mi ignorancia:

—Sí, ella es de las principales.

Cuando la obra empezó, me sorprendieron los trajes, la música, la escenografía, la seriedad del montaje. En el momento en que Cordelia hizo su primera aparición, me quedé frío, emocionado, con los ojos puestos sobre cualquier gesto o movimiento que hiciera. Carlota se tragaba el escenario con su vozarrón, con su entrega al personaje, con esa fuerza que emanaba de ella de manera irracional. Entendí que la clase de literatura era apenas un pálido reflejo de su potencia como actriz. Cordelia y su padre, el rey Lear, sufren un malentendido que los llevará a una dolorosa separación y después a la muerte. Es una de las tragedias más impactantes de Shakespeare. Y Carlota parecía desgarrarse en el escenario, morirse a pedazos. Era una historia de amor entre padre e hija que no conducía al paraíso, sino al infierno puro, a la degradación, a una injusta ruptura. Ese amor sagrado entre el padre y la hija no era bien recibido por los dioses, que castigaban a Lear y a Cordelia con el ausentismo y la soledad espiritual.

Salí devastado de la obra. Entré al baño del teatro no solo a lavarme la cara para espabilarme después de tanta emoción, sino también con la secreta ilusión de ver a Carlota y saludarla. Y entonces la vi, sí, saliendo de afán por un corredor lateral del teatro. No alcancé a decirle nada porque iba apresurada, cogida del brazo de otro actor, y parecía estar huyendo por una salida secreta justamente para que nadie la viera. Me quedé inmóvil a la salida del baño, y aguzando la mirada vi quién era el actor con el cual se estaba escapando del teatro: ¡El rey Lear ¡No podía ser! Yo aún estaba obnubilado por la obra, metido dentro de ella, y esa fuga secreta del rey con su hija me parecía detestable, indigna, completamente fuera de lugar. ¿Cómo podía el rey escapar de ese modo, cogiendo del brazo a su hija, como si fueran dos amantes clandestinos e incestuosos? En mi mentalidad adolescente, me dije que Shakespeare jamás hubiera aprobado algo así. No era digno con los personajes llevar una vida amorosa clandestina por fuera del escenario.

Me acerqué a mi papá, que me estaba esperando, y que me preguntó con curiosidad:

—¿Pudiste saludar a tu profe?

—No, deben demorarse en los camerinos y ya es muy tarde. Mejor vámonos –dije con cierto fastidio.

Mi padre se sonrió y nos fuimos a buscar el carro a los parqueaderos.

El lunes en el colegio le dije con cierta frialdad a Carlota:

—Estuve en el teatro el sábado y vi tu obra.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a ir? Te hubiera presentado a los demás actores del grupo.

—Me dio pena molestarte.

—¿Y te gustó?

—Mucho. No me parece justo lo que sucede entre Cordelia y su padre.



—Eso es la tragedia —sentenció Carlota—: un destino fatídico que no podemos eludir.

Obviamente yo me refería a lo que había sucedido por fuera del escenario, pero Carlota no podía saberlo, así que me respondía acerca del libro, de lo que representaba la tragedia desde Grecia en adelante.

Unas semanas después supe que el actor del Teatro Libre que encarnaba a Lear era Jorge Plata, la pareja permanente de Carlota. Mi indignación no cesaba y ahora, tantos años después, me pregunto con una sonrisa si ese pequeño Mario que vio su primera obra de teatro con la piel erizada no estaría enamorado de su profesora de literatura, si no le hubiera encantado abrazarla en los camerinos y decirle al oído cuánto la admiraba y la quería. Pero no, claro, se había interpuesto el rey alucinado, Lear, el rey trastornado y medio loco que se acostaba en secreto con su hija Cordelia sin que los espectadores se enteraran.

Me volví aficionado al teatro y recuerdo en ese tiempo haber visto *La agonía del difunto*, de Esteban Navajas; *Las brujas de Salem*, de Arthur Miller y *Guadalupe años sin cuenta*, una creación colectiva del Teatro La Candelaria. Compraba los libros de las obras que iba viendo y los leía con anotaciones que a veces tenían que ver con los montajes y no con los textos.

Cuando estaba a punto de finalizar el bachillerato, una noche me fui a ver *Ricardo III* en una versión del Teatro Popular de Bogotá, una sala que quedaba en la carrera Quinta colindando con la Jiménez. Era mi segundo Shakespeare y quedé anonadado. Ricardo III es un individuo despreciable, deforme, contrahecho, celoso, envidioso, criminal, cínico, que encarna todas las vilezas de las que es capaz el ser humano. El actor encargado de darle vida al personaje era Gustavo Angarita, que al final de la obra gritaba a voz en cuello:

—¡Mi reino por un caballo!



Otra vez se me puso la piel de gallina al sentir en el centro de todo mi ser la interpretación brutal de Angarita. Se tomaba el escenario poco a poco hasta quedar totalmente a cargo, y después hacía con uno como espectador lo que le daba la gana: lo entusiasmaba, lo deprimía, lo indignaba. Era un carrusel de emociones y el público llegaba al final de la obra agotado, exhausto, como si se acabara de bajar de una montaña rusa.

Esperé de nuevo en las afueras del teatro porque quería ver a Angarita en la vida real, necesitaba saber cómo se movía, cuál era el tono auténtico de su voz, si sus ojos llameaban como en el escenario. Recuerdo que salió enfundado en un abrigo negro, serio, encorvado, y no se despidió de nadie. Se perdió por las calles de La Candelaria con la cabeza gacha, como si fuera en busca de ese reino que al final le había sido negado.

No sé cómo sucedió, pero desde esa noche, para siempre, Ricardo III tendría la voz y los gestos de Angarita, y él sería para mí Ricardo III, aunque interpretara mil personajes más, tanto en teatro como en televisión. Cada vez que lo descubría en la pantalla con su barba blanca inconfundible, yo decía en voz alta:

—Ah, es con Ricardo III.

Tres años después, cuando entré al Departamento de Literatura de la Javeriana, volví a tropezarme con Lear por los corredores del departamento, ese miserable que se había robado el amor de mi profesora de literatura. Jorge Plata dictaba un seminario sobre Shakespeare. Un compañero me dijo revisando la cartelera:

—Sería chévere tomar Shakespeare este semestre.

Lo miré de reojo, con cierto desdén, y afirmé mientras me retiraba del lugar:

—No me interesa Shakespeare. Ya me matriculé en Joyce.

Obviamente, era mentira. Ya me había leído varias de las tragedias del inglés y era un lector asiduo de su poesía. En cam-

bio, del irlandés solo conocía un par de cuentos suyos y nada más. Y mi pasión por el teatro era tal, que vi con alegría, en un cartel pegado en la facultad, que se estaba conformando un grupo de teatro. Decidí presentarme. Lo dirigía otra actriz del Teatro Libre, Olga Lucía Lozano. Nos inscribimos en el grupo con Santiago Gamboa, que era mi compañero desde el colegio. Allí me conocería con Iván Quintero (hoy Densho Quintero, maestro zen), con Carmenza González (una de las mejores actrices que tiene el país), con Andrés Marulanda (que luego sería un gran actor de televisión durante la década siguiente), y tantos otros, todos muy talentosos y brillantes. A ese grupo llegaría después otro actor del Teatro Libre al que yo había visto varias veces en el escenario: Humberto Dorado, y nos ayudaría con seminarios, montajes, clases y demás. Y cuando me preguntaban quién era yo, de dónde venía, por qué me gustaba tanto el teatro, yo respondía:

—Soy discípulo de Cordelia.

Y cuando hacían cara de extrañeza, entonces aclaraba:

—De Carlota Llano.

Aunque para mis adentros, en un monólogo interior que aún me llenaba de rabia, la aclaración fuera otra:

—La que se fugó cogida de la mano de su padre, el rey Lear.